

Cruz de parte de su amiga, para que le entregase el cuaderno que suspendió la union de Clotilde con Duval, presentándose en la capilla en el momento en que la jóven iba á consumir su sacrificio.

Nuñez, pues, habia detenido el golpe que hubiera desgarrado el corazon de su amigo Leopoldo y emponzoñado la existencia de la mujer que amaba.

Duval disimuló, como hemos visto, su ira, y habló en secreto algunas palabras con Willey, quien desapareció al instante, y tras el cual vimos salir tambien á Nuñez.

Suspendida de esta manera la ceremonia, Duval se dirigió á su casa maldiciendo su destino, y Clotilde penetraba en su lecho, presa de una terrible fiebre, originada por la terrible lucha de afectos que habian combatido su corazon en la capilla, y que alarmó sobremanera á la desventurada Inés.

CAPITULO XIX.

Consecuencias del juego.

Para caminar en nuestra historia con el órden y claridad que el escritor no puede prescindir de guardar por ningun motivo, y para enlazar los mas ligeros detalles de manera que marchen unidos y eslabonados como partes que concurren á formar el asunto, preciso es que retrocedamos algun tiempo de nuestra historia, y nos traslademmos al último dia de la fèria de Tlalpam.

El lector recordará la noche aquella del último dia en que Willey, impulsado por una pasion satánica y criminal, y despues de bajar del ómnibus en que vino de Tlalpam, penetró en casa de la hermosa Elisa,

resuelto á alcanzar por la fuerza lo que no podria ser obra de la voluntad de la mujer que le odiaba.

No habrá olvidado tampoco que en el momento mas crítico para la infeliz en que no podia salvarse de su infame perseguidor, se presentó un hombre que, penetrando por la ventana del cuarto en que dormian Julia y Teresita, asió fuertemente al doctor por los brazos, quien, por estar de espaldas, no pudo ver la persona que le sujetaba.

Elisa, como entonces dijimos, ignoraba quién fuese aquel hombre que detenia á su perseguidor, y temiendo fuera otro malvado, se dispuso á penetrar en el cuarto en que dormian sus inocentes hijas, cuando el ruido de la llave con que abrian la puerta la detuvo.

El hombre que tenia asido al doctor, preocupado con aquel ruido, dejó de sujetar al malvado, como entonces vimos, dando lugar á que éste huyese por la ventana cuando se presentó en la pieza Diego, con el rostro desencajado, en desórden la ropa y el cabello, y cubierto de polvo y de sudor.

El esposo de Elisa que acababa de perder en Tlalpam cuanto habia ganado pocas horas antes, y que venia ciego de cólera, lanzó, como vimos entonces, una furiosa mirada sobre el hombre que al lado de su mujer se hallaba, y sacando un puñal, se precipitó con él sobre el desconocido.

Un grito serdo se oyó en seguida, y tras él, el ruido de un cuerpo que cayó en tierra.

A este punto llegábamos, cuando nos vimos obligados á ocuparnos de otros personajes, dejando pendiente la conclusion de aquella escena de que ahora voy á ocuparme.

El hombre que se encontraba allí, que habia sujetado al doctor, y contra el que esgrimíó el arma Diego, era... Nuñez, que habiendo ido á visitar á la preceptora Amalia, y oyendo, al salir, ruido extraño en la habitacion de Elisa, penetró por la ventana sospechando alguna desgracia.

El que lanzó el grito y cayó al suelo, era Diego que, trastornado su cerebro desde la última apuesta en que perdió todo cuanto tenia, y dominado por la cólera, se vió aco-

metido de una excitacion nerviosa que le hizo caer sin sentido.

Núñez se apoderó del arma; la guardó en el bolsillo, corrió á levantarle, y desvaneció los recelos de Elisa diciéndole quién era, y la casualidad que le habia obligado á entrar, creyéndola amenazada de ladrones.

Elisa se tranquilizó, y ambos pusieron todos los medios para que volviese de su parasismo Diego.

Este se estremeció de nuevo; abrió los ojos; dirigió una mirada extraviada fija y espantosa á Núñez, y con acento terrible le preguntó.

—¿Quién eres?

—Soy....

—Sí;—le interrumpió Diego incorporándose y sin dejarle acabar:—te conozco; tú eres el que me ha ganado en Tlalpam cuanto tenia.... una inmensa fortuna.... porque yo era ya rico.... ¡sí; bastante rico! Pero ahora me desquitaré.... porque vienes á jugar.... ¿no es verdad?

Elisa quedó aterrada al escuchar aquellas palabras.

Núñez comprendió que el cerebro de aquel hombre habia sufrido una funesta alteracion.

—Sí;—continuó Diego rechinando los dientes y apretando los puños;—yo te iba á matar porque creí que no querias seguir jugando.... Pero ahora soy tu amigo.... ¡jugaremos y te ganaré! Sí; te ganaré, porque es preciso que te gane para llevar á mi mujer lo que habia separado para ella.... ¿Conoces tú á mi mujer? ¡Es muy buena! ¡sí; muy buena! ¡Yo le atormento mucho á la infeliz cuando pierdo; pero á pesar de eso le amo.... y ella me perdona! ¡Pobre Elisa!

—¡Diego.... Diego!—Exclamó anegada en llanto la desventurada esposa y estrechándole la mano:—¿Ya no me conoces? ¡Qué te ha pasado! ¿qué ha sucedido? ¡cuéntame.... cuéntame!

Diego clavó los ojos en Elisa y la miró de hito en hito y con el mayor asombro como tratando de reconocerla.

La desventurada esposa concibió alguna

esperanza de que volviese de su enagenación mental.

—¿No me conoces, Diego? Mírame.... soy Elisa.... ¡tu desventurada Elisa que estaba cuidadosa de tí.... que te esperaba con ansia!

—Sí.... te conozco.... te conozco muy bien ahora.

Dijo Diego como trayendo á la memoria una idea satisfactoria.

—¿De veras?

Exclamó trasportada de gozo aquella mujer que olvidaba el abandono y las ofensas de su esposo cuando le veía sufrir y padecer.

—Sí; repitió Diego;—tus facciones las tengo grabadas en mi mente: tú eres la mujer del hombre que me ha arruinado! de aquel por quien he perdido cuanto tenía.... Pero, mírale.... aquí está.... voy á volver á jugar con él, y le ganaré.

Elisa lanzó un grito al ver desvanecida la esperanza que habia concebido, y no pudo contener su llanto.

—Vamos, no hagas caso;—dijo el esposo de aquella infeliz dirijiéndose á Nuñez;—tu mujer llora como la mía porque vas á jugar: ¡todas las mujeres lloran cuando sus maridos juegan!

—¿Y no es mejor que la consolemos, y que dejemos el juego para otro dia?

Se atrevió á decirle Nuñez tocándole con cariño sobre el hombro.

—No.... porque mañana no vendrias.

—Te doy mi palabra.

—¿De veras?

—De veras.

—Júralo.

—Lo juro.

—Bien; esperaré; pero has de traer todo el dinero que me has ganado.

—Todo.

—¿Y no se opondrá tu mujer?

—No se opondrá.

—¿Y por qué no hemos de jugar ahora?

—Porque es ya tarde, y es preciso descansar para tener despejada la cabeza.

—Dices bien; á mí me pesa como si tu-

viese dentro de ella plomo; marcha, pues, pronto, que aquí te espero.

Núñez se levantó, pero no se atrevió á salir.

Temia dejar sola á aquella mujer con un hombre que en un arranque de locura, podía atentar á su vida y á la de las dos inocentes criaturas que descansaban en el cuarto contiguo.

Elisa adivinó el noble sentimiento de su salvador, y le envió una mirada de gratitud.

—¿Por qué no te vas?

Gritó con impaciencia Diego viendo que Núñez permanecía quieto.

—¡Váyase vd. por Dios! ¡Nada temo: el cielo me acompañará! Le doy á vd. las gracias por el trabajo que se ha dignado tomar, y nunca se borrará de mi pecho tan generosa acción.

—No he hecho mas que cumplir con un deber de humanidad, señora; y me parece que para llenar cumplidamente ese deber, aun debo permanecer aquí; pues dejar á vd. sola, sería exponerla á una desgracia.

—No, no lo crea vd.: se ha calmado mucho.... ¡Váyase vd!

—¿Por qué no obedeces á tu mujer? ¿No te dice que te vayas?

—Sí; pero yo temo que tú no me esperes.

Contestó Núñez concibiendo una idea que creyó eficaz para alcanzar que Diego se entregase al descanso.

—Te doy mi palabra.

—No; no me voy hasta no haberme asegurado de que no puedes salir; de que estás durmiendo. Entonces me iré para volver con mucho oro para jugar.

Diego se puso á pasear por la pieza con los ojos desencajados y á largos pasos, exclamando con regocijo.

—¡Mucho oro.... mucho oro! ¡Ah! sí.... yo se lo ganaré.... voy á dormir para pensar despues.

Y dominado por la idea de ganar, penetró en su cuarto, se arrojó vestido sobre el lecho, y poco despues dormia profundamente.

Debilitado su cerebro á consecuencia de

la herida que recibió en S. Angel, y de su mal método de vida, habia perdido el juicio con la última apuesta que le vimos hacer en la casa de juego de Tlalpam.

Recorrió aquel pueblo como un furioso; y no teniendo dinero para pagar el asiento en el carruaje, hizo el viaje á pié, llegando á México cubierto de polvo, de sudor y en extremo cansado.

Dominado por la fatal idea del juego, y proyectando la manera de *ganar siempre*, se dirigió á su casa afanoso de adquirir algo para venderlo y poner su importe al azar de una carta.

Dueño de una llave que él tenia para entrar á cualquier hora de la noche sin molestar á su esposa y á sus niñas, abrió con ella la puerta en el instante en que nadie le esperaba, presentándose de la manera que le hemos visto, y dando lugar á que el doctor Willey se fugase por la ventana.

Como su cabeza estaba trastornada, aunque su primer movimiento fuese de celos, facilmente despues se confundieron sus

ideas, y al volver de su accidente nervioso, solo le representó su imaginacion el objeto que mas le habia impresionado; el hombre que le habia ganado lo que ya contaba como suyo.

—El cielo le ha traído á vd. á mi casa, caballero;—dijo Elisa á Nuñez viendo dormir tranquilamente á su esposo:—El sueño tal vez le volverá la calma que ha huido de su corazon.

—Así lo espero.

—Sí; ya estoy tranquila y puede vd. retirarse, con el convencimiento de que esta casa le pertenece á vd., y de que en el corazon de los que la habitan, vivirá eterna la memoria de tan generosa accion.

Nuñez se despidió ofreciendo volver al siguiente dia, y poco despues se dirigia á su casa pensando en la dolorosa escena que acababa de presenciarse, y en las terribles consecuencias del juego.

Elisa se acercó á su esposo, y al verle profundamente dormido, se retiró al sitio en que estaban los dos ángeles de su amor;

se puso de rodillas; oró un instante á Dios, y se sentó en una silla junto á las inocentes criaturas, dispuesta á defenderlas á la menor señal de demencia que advirtiese en el desventurado Diego.

CAPITULO XX.

La separacion.

Sentada en una pequeña y ordinaria silla de pino, y en medio de dos criatura hermosas como dos radiantes estrellas, yace una hechicera mujer de humilde, pero limpio trage, abatida y sin consuelo.

Es Elisa.

En su apacible y celestial semblante se extiende dulcemente el suave tinte de la melancolía: de sus rasgados ojos se desprenden algunas lágrimas que trata de ocultar á los dos ángeles que le rodean, para no desgarrar sus sencillos y tiernos corazones.

Sin embargo, Julia y Teresita han sorprendido aquel llanto, y conmovidas se